

## Reseñas

*La guerra de Independencia en Córdoba, Veracruz. Narración de un testigo*, recopilación y edición de Adriana Naveda Chávez-Hita, Universidad Veracruzana, Veracruz, 2007, 128 pp.

Muchos años han tenido que pasar para que los interesados en los temas del siglo XIX volvieran a ver editado este manuscrito, desde que fuera publicado por primera vez por la editorial Cossío en el marco del VI Congreso de Historia, celebrado precisamente en Xalapa en 1943, hasta hoy, en que esta edición coincide con otra celebración, muy debatida por cierto, la del bicentenario de la independencia.

El manuscrito, cuyo largo título descubrirán en la segunda de forros, es un informe escrito por un clérigo. No es en este sentido un documento raro, pues como lo afirma la propia doctora Naveda en la introducción, estos informes eran solicitados por las autoridades eclesíásticas y civiles para conocer qué pasaba en las parroquias, y fueron publicados a lo largo de la década de 1820 (p. 14). Es raro sí por lo que interesa a este autor anónimo, como irá develando Adriana Naveda.

En esta nueva edición, tanto en la presentación como en la introducción, preparadas por Naveda y David Carvajal, se

van entregando al lector los avituallamientos para el viaje.

En la introducción el lector podrá adentrarse en el universo del autor, del que si bien no se sabe el nombre, hay datos que dan noticia de su condición de sacerdote, por eso es que Naveda detalla brevemente la vida de los clérigos: quiénes eran, su relación con los feligreses y con los gobiernos de sus pueblos, su forma de manutención, etc., a fin de dar una idea del lugar y el peso de estos en el entramado de la sociedad del siglo XIX. Explica también la difícil circunstancia en que estos se ven erigidos en autores de los informes, “pues se esperaba de ellos que contribuyesen a mantener la paz” (p. 15). Cierra su introducción con un conciso panorama de la esclavitud en Córdoba y de esta frente la guerra de Independencia. He de subrayar que para la doctora Naveda el tema de la esclavitud es el eje de la lectura en el libro que hoy nos convoca.

El manuscrito, organizado en cuatro libros, comienza con el llamado de Miguel Hidalgo en 1810 y termina con la noticia de la consumación de la independencia. Trata de los acontecimientos de esta guerra en la villa de Córdoba, presenciados por el autor.

Sin duda el manuscrito presenta cierta dificultad para el lector actual. Las for-

mas ajenas del lenguaje, sus arcaísmos, la inmediatez de la narración, son una máquina del tiempo en la que el lector es guiado por un nutrido aparato crítico. Estas notas bibliográficas de *La guerra de independencia en Córdoba Veracruz. Narración de un testigo*, dispuestas al final del libro, a más de guiar ayudan también a una lectura concienzuda del documento. Hay notas aclaratorias del contexto en que se describen los acontecimientos y otras comparativas entre la narración del autor anónimo y los datos consignados principalmente en la obras de Lucas Alamán, *Historia de México* e *Historia antigua y moderna de Jalapa* de Mariano Rivera.

En ellas, en esas notas, la doctora Naveda va dejando ver su propio diálogo y discusión con las fuentes documentales, franqueando al lector un nuevo acceso.

Naveda subraya la peculiaridad del documento con respecto a otros del mismo tipo, a saber, tres informes de fechas cercanas, escritos por párrocos igualmente en calidad de “testigo de vista” (p. 15), y es que atiende con menor interés temas de preocupación principal en esos otros informes: los bienes eclesiásticos, el respeto por los símbolos católicos y las prácticas religiosas.

Lo raro de este informe es el hecho de que “en la obra [...] se destaca especialmente la participación de un grupo en particular: los esclavos” (p. 18). Habría que recordar, dice Naveda en una de las notas (p. 122), los grandes prejuicios de castas que existían entonces, pues los negros eran considerados animales de trabajo, y a pesar de haber sido abolida la esclavitud, y el que esta fuera reimplantada por los hacendados, subraya —nos dice— el valor civil y la libertad con la que este clérigo se conducía. El informe destaca

ampliamente la alianza de los “esclavos negros” [...] primero obligados por los dueños, mayordomos y capataces a pelear del lado de los realistas y posteriormente, cuando los insurgentes toman Córdoba, uniéndose a las fuerzas rebeldes (p. 7).

El documento entonces, desde esta otra lectura, se revela tan importante para los estudiosos de la independencia como para el tema de la esclavitud. Es una pieza más de un trabajo amplio que Adriana Naveda lleva a cabo para conocer y entender cómo los grupos de negros que llegaron a Veracruz participaron en la sociedad colonial. Trabajos que se inscriben en una corriente mayor que ha ido desmenuzando la manera en que las culturas africanas arrancadas de sus propios territorios se rehicieron en condiciones muy distintas.

Ahora bien, hay un par de observaciones que se imponen:

Primero, algo que me ha parecido sintomático, y es el hecho de que no haya una edición anterior a la de 1943, pues el testimonio terminó de ser escrito antes de 1824; es poco más de un siglo de diferencia. Y quizá se deba al hecho de que los historiadores, después del triunfo liberal, prestaron poca atención a documentos que como este habían sido escritos por religiosos. O quizá la razón es mucho más sencilla y pudo deberse a que estuviese extraviado. Actualmente, según lo puntualiza la doctora Naveda, se desconoce la ubicación del texto original, así que hasta antes de hoy, la única prueba de su existencia era esa edición de la que hablamos, hecha en 1943.

El otro comentario tiene que ver con la perspectiva historiográfica. En este volumen se ha conservado el prólogo y la introducción de la primera edición, así que podemos leer e inevitablemente compa-

rar ese trabajo con el de la presente edición. Media entre aquella edición de 1943 y la que hoy nos convoca casi 50 años.

El prólogo a la edición original comienza por describir las cualidades de la obra. Al hablar de esta como un documento histórico —y tal vez algunos no compartan la idea y por eso invito a la lectura del libro—, para los editores de 1943 el testimonio del clérigo pareciera carecer de la cientificidad de que gozan las obras de los “historiadores de gran categoría”, como Bustamante, Alamán y Alfredo Chavero, y aluden a aquel como las “humbles opiniones de un sacerdote”, y que aun pudiendo ser inexacto, erróneo o cierto lo que en él se opina, pese a ello, lo dan a conocer (p. 29).

Advierto en estos comentarios el reconocimiento a la importancia de la obra como una fuente historiográfica, pero hay una disculpa en la que me parece los editores aluden a cierta calidad subjetiva del documento; subjetividad que no señalan al referirse a las obras de Bustamante, Alamán y Chavero y que, puesto así, pareciera que dichos historiadores estaban exentos de participar de alguna postura en su propia narración de los hechos.

Luego la introducción sigue con un resumen, una saga de las causas próximas e inmediatas de la guerra de Independencia, ya bien conocidas por todos; recuerda las pugnas entre criollos y europeos; el descontento de aquellos por el dinero enviado a la metrópoli, la situación política en España, etc. Por último, apunta brevemente los hechos relevantes de la guerra en la provincia de Veracruz (p. 33).

En la introducción de Naveda Chávez la relectura tiene como eje el tema de la esclavitud y, como ya he mencionado antes, destaca las peculiaridades no sólo del

documento sino de la lucidez de quien lo escribió. Da un golpe de timón en la perspectiva. Abre preguntas sobre cómo leemos las fuentes documentales y por qué los temas son o no relevantes en determinados periodos. Sabemos que los temas que provocan el interés de los historiadores explican de alguna manera la concepción que una sociedad tiene de su propio pasado.

Para 1943, año de esa primera publicación, la población de origen africano y el problema de la esclavitud en México no eran tema de ninguna de las ciencias sociales, tardaría unos pocos años más el primer trabajo sobre ello.<sup>1</sup>

Aunque el tema de la esclavitud y el ambiente en los trapiches está consignado en el testimonio del clérigo, no fue un tema de exploración en la referencia historiográfica que del documento tenemos en esa introducción de 1943, de la que hemos estado hablando.

Así que de la lectura de ambas introducciones he podido verificar el tránsito de una historia que ya ha observado el acontecer de los grandes sucesos a una historia que ahora observa los contraflujos, y con ello me refiero a las presencias que la historiografía mantuvo al margen, en este caso la de los negros, cómo se movieron, incorporaron, intervinieron, modificaron, curvaron un entramado social determinado.

Antes de terminar quisiera decir que si algún rasgo de modernidad, desde un punto de vista histórico, tiene este documento, es el de reivindicar héroes anónimos

<sup>1</sup> Véase Naveda Chávez-Hita, “Fuentes para el estudio de la población esclava en México”, *América Latina en la Historia Económica. Boletín de Fuentes*, núm. 12, julio-diciembre de 1999, pp. 93-102.

otros subalternos que se distinguieron [...] porque si no se hace mención de ellos queda diminuta esta memoria [...] y no conviene dejarlos sepultados en el olvido y en ayunas de ellos a la posteridad (p. 61).

Punto este al que la historiografía ha regresado después de un largo periplo para verla contenida en lo que ahora se conoce como historia social.

Próximos al cumplimiento del bicentenario de la guerra de Independencia, la mejor celebración sería quizá la de reflexionar y atender otros actores sociales de nuestra historia; este testimonio nutre la curiosidad e invita con su riquísimo contenido a indagar y entender lo que nos conforma.

Berenice Ruiz  
INSTITUTO MORA

Hubonor Ayala Flores, *Salvaguardar el orden social. El manicomio del estado de Veracruz (1883-1920)*, El Colegio de Michoacán, México, 2007, 245 pp., incluye cuadros, gráficas y fotografías.

¿Qué voluntades se mueven para erigir un manicomio? Contrariamente a la idea expresada por los primeros alienistas europeos, que vieron en el aislamiento el único medio de curación de los enfermos mentales —lo que por otro lado justificaba su encierro—, el manicomio del estado de Veracruz, que fue inaugurado en 1897 en la ciudad de Orizaba como parte de una demostración del poder político de la elite regional, sólo circunstancialmente se pensó desde la medicina. Nacido bajo la energía de la clase comerciante e indus-

trial para erradicar todo aquello que pudiera afeard el paisaje urbano de una ciudad en crecimiento, y por el miedo de los poderes públicos a la alteración del orden y la tranquilidad, el manicomio se imaginó como una institución de control social. Esta es la tesis que se defiende en el libro que hoy nos convoca, escrito originalmente como tesis de licenciatura en historia por la Universidad Veracruzana, merecedor del premio Luis González y González 2006 otorgado por El Colegio de Michoacán en memoria de este gran historiador.

Pero ¿a qué escuela de control social se adscribe el autor? Una de las primeras críticas a la tradicional historia de la medicina —que buscaba destacar los progresos en el combate de la enfermedad mediante el relato de los hallazgos científicos más sobresalientes y las biografías de los grandes hombres—, devino en la historia de las instituciones y se enfocó en el estudio de los grupos subalternos. De acuerdo con sus seguidores, las llamadas instituciones de exclusión se pensaron para la represión de comportamientos socialmente no aceptados conforme a ciertos patrones de moralidad burguesa. Instituciones como los manicomios, que aislaban para “curar”, fueron estudiadas desde la perspectiva de la dominación y calificadas como dispositivos de control social. Sin embargo, este punto de partida, que en su momento renovó la vieja historia de la medicina, fue instaurando una historiografía especulativa que se dejó seducir por los grandes modelos interpretativos, olvidando las realidades locales, la capacidad de respuesta de la población o la dificultad para concretar las políticas imaginadas.

Aunque Hubonor Ayala se apoya en textos clásicos de los primeros estudiosos